
SER: CONOCER Y ACTUAR

EL CONOCIMIENTO EN LA PROPUESTA
*“HOMBRE DE CONOCIMIENTO” DE CARLOS CASTANEDA**

J. Amando Robles Robles

RESUMEN

Frente a quienes reducen el conocimiento a la razón, o a lo sumo, también a la fe religiosa, el autor presenta otro tipo de conocimiento, que no es razón ni es fe, el conocimiento de los brujos como don Juan Matus, el conocimiento silencioso, la meta más grande a la que el ser humano puede aspirar y, por lo tanto, una propuesta. Esta es la misma que han hecho los testigos y maestros de las grandes tradiciones religiosas y de sabiduría. En este caso la propuesta, además de laica, es sabiamente sistémica y operacional y, como laica, sumamente actual. En todo caso, profundamente indígena y latina. El trabajo da una visión panorámica de ella.

1. IMPORTANCIA DEL TEMA

Para quienes el conocimiento se reduce a un conocimiento de razón, ya sea este científico o filosófico, o también, en el caso de creyentes, a un conocimiento revelado o de fe, un tipo de conocimiento como es el que nos propone en toda su obra Carlos Castaneda, que no es razón, tampoco fe, ni se reclama filosófico, suena a profanación, religiosa y laica.

Sin embargo para los creyentes no debería sonar de entrada a profanación si se acepta que el conocimiento del que nos habla Castaneda, aunque sea laico e inmanente, es el conocimiento más religioso, más espiritual, que el ser humano puede concebir y alcanzar como tal, y por ello algo a lo que pareciera se quiere aludir cuando se habla de fe, del conocimiento al que

abre la fe. Por la misma razón tampoco debiera ser ajeno a la razón, más específicamente aún, a la razón filosófica, si se asume que llegar a tal conocimiento es la aspiración más grande que debe tener el ser humano, ya que sólo es en este tipo de conocimiento donde se puede realizar plenamente; tema este tan estrechamente relacionado con la razón y la filosofía.

No es una profanación sino, tal vez eso sí, una provocación, que sin embargo creemos importante y necesaria, y ello pese a puntos muy importantes que se pueden y deben discutir en relación con la personalidad, obra y contenidos de Carlos Castaneda.

Se puede discutir, y hay que discutir, desde su identidad personal hasta contenidos enteros, al menos en la formulación “energética” que les da en la segunda etapa, a partir del libro *El segundo anillo de poder*, segunda de las dos que refleja el contenido de toda su obra. Se pueden discutir métodos y prácticas que propone para alcanzar estados de conciencia no ordinaria de la realidad y moverse al interior de

* (Ponencia presentada en el II Coloquio «El quehacer filosófico en el horizonte del encuentro razón y fe», Instituto Pedro de Córdoba, Santiago de Chile, 8-12 de octubre del 2001).

esta. Se puede discutir, y hay que hacerlo, la identidad, de su informante principal y maestro, don Juan Matus, y de sus compañeras y compañeros de formación como brujo o chamán. Pero no se puede discutir que Carlos Castaneda es culturalmente de los nuestros, es un latino; y que, para decir no lo menos sino lo mínimo, su propuesta tiene inconfundiblemente el color y el sabor generales de la cultura indígena de la que se reclama originaria, la de los pueblos amerindios del suroeste de los Estados Unidos y del Norte de México. Ambos aspectos culturales, lo latino y lo indígena, son muy importantes en el pensamiento y en la teología latinoamericanos, tan inclinados todavía a desconocer riquezas culturales y humanas propias y a pensar que para encontrar riquezas parecidas hay que remontarse a las religiones y culturas orientales, como si en el continente americano y en las culturas indígenas nada de parecida envergadura se hubiera producido.

Pero hay algo todavía más importante, que venimos de afirmar y cuya importancia, si aceptamos que realmente existe, no se puede discutir: el conocimiento del que nos habla don Juan Matus y Carlos Castaneda es el fruto más granado de las culturas amerindias. Ningún otro producto se le puede comparar, pues se trata del conocimiento silencioso o contemplativo, presente en las grandes tradiciones de sabiduría y religiosas, de su naturaleza y exigencias, de la necesidad para ello de «parar el mundo», de «frenar el diálogo interno», de hacer y alcanzar el silencio total. Si esto es así, no se puede ignorar. La teología en general, pero con mayor urgencia la teología latinoamericana, no lo puede ignorar. Si en su tiempo (1945), cuando Aldous Huxley escribió su obra *La filosofía perenne*, consideraba que «no sólo no hay razón, sino que tampoco no hay excusa» para que los eruditos occidentales ignoraran las doctrinas espirituales de Oriente, calificando el hecho de «ignorancia enteramente voluntaria y deliberada» y, aún peor, de «imperialismo teológico»¹, ¿cómo nos calificaría a nosotros hoy?

1 Aldous Huxley, *La filosofía perenne*, 4ª ed. Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1999, p. 264.

Porque en este punto no solamente nos seguimos comportando como «la mayor parte de los autores europeos y americanos de libros sobre religión y metafísica [que] escriben como si nadie hubiera pensado nunca sobre tales temas salvo los judíos, los griegos y los cristianos de la cuenca del Mediterráneo y la Europa occidental», sino que no hemos descubierto y valorado las riquezas de la misma naturaleza existentes en las tradiciones amerindias de sabiduría.

Por todo ello me parece importante, y hasta necesario, dirigir nuestra mirada al conocimiento que constituye la gran propuesta y enseñanza de Carlos Castaneda.

Pero existe un argumento más, el más importante de todos. Lo que Carlos Castaneda hace es, aunque él lo niega, y con razón², una propuesta de verdadera y auténtica experiencia religiosa o de espiritualidad, aunque laica. Y hay razones muy fuertes para pensar que este es el único tipo de propuesta religiosa culturalmente creíble en el mundo de hoy³. Solamente por esta hipótesis merece la pena desde la religión y la teología conocer la propuesta de Carlos Castaneda.

Este será el objeto de este artículo, subrayando en qué consiste el conocimiento al que se nos invita, la inteligencia tan certera y correcta que don Juan Matus tiene de la naturaleza y

2 Porque lo que se conoce por propuesta espiritual y religiosa no pasa de ser una propuesta moral, racionalizada y racionalizante, nunca verdaderamente experiencial. Por eso él niega que su propuesta sea religiosa o espiritual. «—Los guerreros combaten la importancia personal como cuestión de estrategia, no como cuestión de fe —repuso—. Tu error es entender lo que digo en términos de moralidad». (*El fuego interno*, 2ª ed. Madrid. Gaia Ediciones, 1997, p. 40. «—Lo que los antiguos videntes dijeron no tiene nada que ver con la fe —dijo—. (...) Los antiguos videntes tomaron otro camino, y por cierto llegaron a otra conclusión que no tiene nada que ver con la fe y el credo» (p. 63). «Todo esto se parece al manual de vida monástica pero no es vida monástica». (*El conocimiento silencioso*, 4ª ed. Madrid. Gaia Ediciones, 1998, p. 286).

3 Sobre este punto el lector puede ver Mariano Corbí, *Religión sin religión*, P.P.C., Madrid 1996; J. Amando Robles, *Repensar la religión. De la creencia al conocimiento*, Heredia, Costa Rica, EUNA, 2001.

calidad de este tipo de conocimiento, todo ello antecedido de una mínima nota biográfica pensando que quizás sea necesaria.

2. NOTA BIOGRÁFICA MÍNIMA

No es fácil rehacer la historia personal de Castaneda, ya que hay datos que confunden, el resultado pareciera del consejo que le diera don Juan Matus de borrar la historia personal como un medio de comenzar a superar la importancia personal o del yo, contribuyendo todo ello a hacer de él un ser mítico y un mito, que por lo mismo fue imitado y hasta suplantado. Con todo, los siguientes son los datos que parecen jalonar su biografía⁴.

Carlos Castaneda, al que casi todos atribuyen un origen peruano, habría nacido el 25 de diciembre de 1935 en un pueblecito llamado Juquery, próximo a Sao Paulo, en Brasil. Su madre tenía entonces 15 años y su padre, 17, y parece ser que le crió una hermana de su madre. Si damos crédito a su confesión, su vida no fue fácil.

Con 15 años, en 1951, y después de haber pasado por un internado en Buenos Aires, llega a San Francisco, donde vivió con una familia adoptiva mientras completaba el bachillerato. Entre 1955 y 1959 toma cursos en el City College de Los Angeles: creación literaria, periodismo y psicología. Paralelamente trabaja como ayudante de un psicoanalista clasificando centenares de cintas magnetofónicas grabadas en el transcurso de las sesiones de terapia.

En 1959 se nacionaliza estadounidense, adoptando legalmente el apellido materno, Castaneda, y no el paterno, Aranha, e ingresa en la Universidad de California, en Los Angeles (UCLA), donde se gradúa en Antropología tres años más tarde. Muy dotado para la Antropología y aficionado a la misma, dicen que era el tipo de estudiante que los profesores gustan tener. En su formación, y en la fidelidad de la amistad, el profesor de Sociología Harold Grafinkel, cofundador de la etnometodología, jugó un papel especial.

4 Cf. Carmina Fort, *Conversaciones con Carlos Castaneda*, 2ª ed. Barcelona, Ediciones Obelisco, 1995.

Decidido a hacer su tesis sobre plantas alucinógenas conocidas y utilizadas tradicionalmente por los indios en el suroeste de Estados Unidos y en el norte de México⁵, y buscando informantes, un amigo le presenta al que va a ser el suyo. Se trataba de don Juan Matus, indio yaqui que vivía en Sonora⁶. Ocurrió en una estación de buses en Arizona. La impresión que le produjo permanecería en él para siempre⁷. Era el verano de 1960. Después de algunas visitas, en junio de 1961 comienza un proceso de aprendizaje con don Juan que dura hasta septiembre de 1965, en que después de sufrir una gran crisis que sintió que lo puso al borde de la muerte en medio de una experiencia inducida de percepción no ordinaria de la realidad, Carlos Castaneda se retira con la decisión de no volver más. El aprendizaje realizado lo recoge en su obra *Enseñanzas de don Juan. Una forma yaqui de conocimiento* publicada en 1968, que pronto le haría famoso, y con la que obtuvo el «máster». Con ocasión de presentar y entregar a don Juan un ejemplar de la obra, la vinculación maestro-discípulo se restableció «misteriosamente» (*sic*) y se inició un segundo ciclo de aprendizaje que el mismo Castaneda califica de «muy distinto del primero», que duró hasta mayo de 1971. En total, diez años de aprendizaje.

Don Juan Matus, su maestro, habría nacido en 1891 y fallecido en 1973.

Lo que sucedió en el aprendizaje ya es bien conocido: él quería obtener información

5 Aldous Huxley, *Las puertas de la percepción*, 6ª ed. Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 2001, p. 9.

6 Además de don Juan hay que señalar a don Genaro Flores, indio mazateco, que en coordinación con aquél completó la formación de Carlos Castaneda en aspectos muy importantes. Aunque el maestro por excelencia fue don Juan, un nagual. Y «ser un nagual es llegar a un pináculo de disciplina y control. Ser un nagual significa ser un líder, ser un maestro y un guía» (*El fuego interno*, 2ª ed. Madrid. Gaia Ediciones, 1997, p. 19). Don Juan era un brujo *vidente*, un hombre al que sólo le interesaba ver, ser hombre de conocimiento.

7 «La forma en que me había mirado fue un evento sin precedentes en mi vida» (*Una realidad aparte*, 1974. 15ª reimpr. Madrid. Fondo de Cultura Económica, [1996] p. 9.)

sobre las plantas medicinales, don Juan le puso como anzuelo el conocimiento que él deseaba pero mientras tanto le iniciaba a un nuevo conocimiento, y el aprendiz de antropólogo terminó siendo brujo, hombre de conocimiento. A *Las enseñanzas de don Juan* sucederían en 1971 *Una realidad aparte*, *Viaje al Ixtlán* en 1972, y *Relatos de poder* en 1974, obras que por sus características formales y temáticas, escritas en forma de diario de campo, más próximas al proceso de aprendizaje y de experiencia, constituyen un conjunto diferente de las que la siguen: *El segundo anillo del poder* 1977, *El don del águila* 1981, *El fuego interno* 1984, *El conocimiento silencioso* (en inglés, *The Power of Silence: further lessons of don Juan*) 1987, y *El arte de enseñar* 1993, obras todas ellas de desarrollo y profundización temática, si no a veces de explotación sofisticada, de contenidos y experiencias ya presentes en las primeras y que él con propiedad califica de artes o maestrías porque, efectivamente, la requieren. Estas son el arte de la *conciencia de ser*, el arte del *intento*, el arte de *acechar* y el arte de *enseñar*⁸.

No cabe duda que a partir del contacto con don Juan la biografía de Carlos Castaneda es la historia de una conversión y de un aprendizaje lo que estas obras transmiten, como dice Octavio Paz⁹ de *Las enseñanzas de don Juan*:

8 *Estar consciente de ser* significa estar conscientes de la maravilla que somos y de la realidad y vernos y verla así. En lenguaje de don Matus, somos emanaciones indescriptibles del Águila. Aunque él es bien consciente de que lo que está utilizando es un símbolo. Porque «El resultado es la visión de un Águila y de sus emanaciones. Pero no hay ningún Águila y no hay emanaciones algunas. Lo que nos rodea es algo que ninguna criatura viviente puede comprender» (*El fuego interno*, p. 65). El *intento* es la fuerza omnipresente que nos hace percibir. Es poder y fuerza, voluntad, espíritu, gracia. El *acecho* es la actitud que nos permite sacarle a cada situación lo mejor. Es una actitud de sabiduría, de discernimiento, valoración y control permanente. *Enseñar* es la capacidad de convertir los sueños también en conocimiento de manera que se borra la diferencia entre vigilia y sueño, entre sueño y realidad.

9 «La mirada anterior», prólogo a la primera edición en español 1974 de *Las enseñanzas de don Juan* [25ª reimpr.] Madrid. (Fondo de Cultura Económica, 1974, pp. 9-23).

conversión y aprendizaje a los que Carlos Castaneda nos invita.

3. LA PROPUESTA DE CARLOS CASTANEDA: SER "HOMBRE DE CONOCIMIENTO"

La propuesta de Carlos Castaneda es la propuesta de don Juan Matus¹⁰. Pues bien, así como se ha dicho que el Evangelio se puede reducir en el concepto *reino de Dios*, así todas las enseñanzas de don Juan se pueden resumir en el concepto y propuesta: ser *hombre de conocimiento*. Así lo destaca el propio Carlos Castaneda en el análisis estructural con que finaliza *Las enseñanzas de don Juan*¹¹. La estructura de estas se compondrían de cuatro conceptos o unidades, y la primera de todas es «hombre de conocimiento». Esta era la meta de sus enseñanzas, y así se lo declaró en una etapa muy temprana: «“enseñar” cómo llegar a ser un hombre de conocimiento»¹². Porque para don Juan saber, aprender, es también la meta de todo ser humano, su destino y su quehacer. «El hombre vive sólo para aprender. Y si aprende es porque esa es la naturaleza de su suerte, para bien o para mal»¹³. «—El deseo de aprender no es ambición —dijo—. El querer saber es nuestro destino como hombres»¹⁴. «Nuestra suerte

10 Según la observación que hiciera mi amigo y alumno en un curso sobre la obra de Castaneda el antropólogo Álvaro Dobles, nosotros somos a Carlos Castaneda lo que él fue a don Juan Matus. La observación es exacta. Carlos Castaneda concibe y escribe sus obras, sobre todo las que forman el primer ciclo, de tal manera, que, además del impacto que se recibe, si uno se deja, lo ubica en la experiencia de aprendizaje y discipulado que él tuvo. «... yo quería comunicar al lector, por medio de un reportaje, el drama y la inmediacidad de la situación de campo», manifiesta Castaneda a propósito del libro *Una realidad aparte. Nuevas conversaciones con don Juan*, Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 15.

11 «Un análisis estructural», en *Las enseñanzas de don Juan*, especialmente pp. 225-236.

12 *Ibid.*, p. 226.

13 *Ibid.*, p. 85.

14 *Ibid.*, p. 193.

como hombres es aprender»¹⁵, repetirá incansablemente. Lo contrario es desperdicio y es tristeza: «... pese a lo atemorizante que sea el aprender, es más terrible pensar en un hombre sin aliado o sin conocimientos»¹⁶. «“Somos hombres y nuestra suerte es aprender y ser arrojados a mundos nuevos, inconcebibles”»¹⁷. «... los seres vivientes existen solamente para acrecentar la conciencia de ser»¹⁸.

3.1. SER “HOMBRE DE CONOCIMIENTO”

Ahora bien, ¿qué es ser hombre de conocimiento? ¿En qué consiste? Ser hombre de conocimiento es lo mismo que han vivido y enseñado los grandes testigos y maestros de todas las religiones y tradiciones de sabiduría: «llegar a la totalidad de uno mismo»¹⁹, llegar a ser uno lo que realmente es, llegar a ser todo, lo que en sánscrito llaman “Eso” (*tat tvam asi* = “Eso eres tú”²⁰). Es saber que en cada instante uno está rodeado de eternidad, experimentar que en cualquier dirección uno puede extenderse hasta el infinito, sentir que este momento puede ser la eternidad²¹. «No gastes tu poder en babosadas —dijo—. Estás tratando con esa inmensidad que está allá afuera». «Convertir en razonable esa cosa magnífica que está allá afuera no te sirve de nada. Aquí, alrededor de nosotros, está la eternidad misma»²².

Ser hombre de conocimiento es conocer el mundo, las cosas, nosotros, todo, como en sí mismo es, y no como un reflejo de nuestro yo ordinario. Es conocer todo desde nuestro yo profundo, desde nuestro yo eterno. Es un conocer directo, inmediato, sin mediaciones, como un ver, pero un ver especial. Por ello con frecuencia don Juan Matus hablará a Carlos Castaneda de *ver*. «Desde el principio de mi aprendizaje, don Juan había descrito el concepto de “ver” como una capacidad especial que podía cultivarse y que permitía percibir la naturaleza “última” de las cosas»²³.

Ser hombre de conocimiento es la realización más grande y más plena que se puede y debe alcanzar como ser humano. Por lo mismo es la más real, la más íntegra, la más desinteresada y gratuita, la más concreta y responsable. Don Juan Matus lo subrayará diciendo que el hombre de conocimiento vive precisamente de actuar. «Ya deberías saber a estas alturas que un hombre de conocimiento vive de actuar, no de pensar en actuar, ni de pensar qué pensará cuando termine de actuar»²⁴. «Dijo que lo único que contaba era la acción, actuar en vez de hablar»²⁵. Se trata además de una realización que hay que conseguir aquí, en este mundo y ahora. No hay escape para la irresponsabilidad.

... mi interés ha sido convencerte de que debes hacerte responsable por estar aquí, en este maravilloso mundo, en este maravilloso desierto, en este maravilloso tiempo. Quise convencerte de que debes aprender a hacer que cada acto cuente, pues vas a estar aquí sólo un rato corto, de hecho, muy corto para presenciar todas las maravillas que existen²⁶.

15 *Una realidad aparte*, p. 104.

16 *Las enseñanzas de don Juan*, p. 75.

17 *Una realidad aparte*, p. 178.

18 *El fuego interno*, 2ª ed. Gaia Ediciones, Madrid 1997, p. 62.

19 «Así pues, diré, que lo importante para un guerrero es llegar a la totalidad de uno mismo» (*Relatos de poder*, [14ª reimpr.] Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 13).

20 Expresión frecuente en la literatura sagrada hindú, muy especialmente en la Chândogya Upanishad, siglo VII-VI a.C.

21 *Ibid.*, p. 19.

22 *Ibid.*, p. 50.

23 *Ibid.*, p. 35. “Ver”, no ya sólo como condición o estado a alcanzar sino como medio, como trabajo de la percepción, fue la predilección de don Juan Matus. Cf. *Una realidad aparte*, p. 18.

24 *Una realidad aparte*, p. 100.

25 *Viaje al Ixtlán. Las lecciones de don Juan*, 1975. [17ª reimpr.] Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 68. «El tonal y el nagual son dos mundos diferentes. En uno se habla, en el otro se actúa» (*El segundo anillo de poder*, 2ª ed. Madrid. Gaia Ediciones. 1997, p. 285).

26 *Ibid.*, p. 122.

En fin, ser hombre de conocimiento es desarrollar el *nagual* que todos somos y llevamos dentro. Somos *tonal*, seres que percibimos este mundo como aparece, como creemos que es, y así actuamos en él, pero somos también, y ante todo, *nagual*, capaces de ver el mundo y toda la realidad como la maravilla que en sí mismos: mundo y realidad son. Un yo, un mundo y una realidad, profundamente reales, los más reales, pero a la vez inefables, literalmente indescriptibles e inenabables: tan trascendentes a este mundo nuestro son: «—El nagual es la parte de nosotros para la cual no hay descripción: ni palabra, ni nombres, ni sensaciones, ni conocimiento»²⁷. Ni tampoco para el mundo que como hombres de conocimiento podemos descubrir, ni para la experiencia misma. Trasciende de tal manera el mundo del tonal que las palabras de este no sirven para expresar la realidad que es. Y en el nagual no hay palabras, no hay conceptos, no los necesita. El nagual «Puede ser visto, pero no se puede hablar de él»²⁸. Solamente se puede decir de él: existe, es. Y sin embargo es inmanente a nuestro yo, a nuestro mundo, a nuestra realidad. No existe en otra parte, sólo aquí. Es nuestro yo, nuestro mundo, nuestra realidad como son en sí mismos, en su verdadera y total realidad, en su unidad y totalidad. «No hay movimiento ninguno. ¡El hombre es sólo mente!»²⁹.

¿El hombre de conocimiento, el nagual, será entonces Dios? Si con el Pseudo-Dionisio³⁰ convenimos que Dios es inenabable, y por lo mismo que el mejor nombre de Dios es el «Sin-Nombre», podríamos decir que sí. Pero si lo nombramos, haciendo de él un concepto, entonces es producto de nuestro tonal y Dios no

es nagual, como le aclara don Juan Matus a Carlos Castaneda:

No dije eso [“que Dios no existe”]. Sólo dije que el nagual no era Dios, porque Dios es un objeto de nuestro tonal personal y del tonal de los tiempos. El tonal es, como ya dije, todo lo que creemos que es parte del mundo, incluyendo a Dios, por supuesto. Dios no tiene otra importancia que la de ser parte del tonal de nuestro tiempo³¹. Y por otra parte, del nagual puede decirse con rigor lo que dijo la Gorda (Elena): El mundo del Nagual es el reino de los cielos³².

Pero, aún y con todo lo que de trascendental tiene esta meta, ser hombre de conocimiento, es en su concepción y propuesta una «meta operatoria», total y eminentemente operatoria, es decir, es en su naturaleza misma una propuesta para ser realizada. Y de ello es plenamente consciente Carlos Castaneda, así como de su importancia.

Ser hombre de conocimiento es una propuesta no para ser creída y racionalizada, sino para ser comprendida y realizada, para ser experimentada. Esto es algo que de raíz le diferencia de la religión y de la moral. Estas deben su origen a una revelación hecha con autoridad que, interiorizadas, revelación y autoridad, generan aceptación y voluntad de cumplimiento. Pero no generan experiencia real aquí y ahora. Es una promesa no controlada de algo, tampoco controlado, que siempre se pospone, que siempre es cuestión de esperanza y de fe.

Ser hombre de conocimiento es el desarrollo verificable de una posibilidad, también verificable, que todos como seres humanos tenemos. Es una meta alcanzable y a alcanzar en esta vida y en este mundo, no en otra vida posterior o en otro mundo diferente. La religión y la moral con sus estructuras de promesa, inherente a la aceptación, crean siempre la sensación de que

27 *Relatos de poder*, p. 168.

28 *Ibid.*, p. 170. Cf. *El fuego interno*, 2ª ed. Madrid. Gaia Ediciones. 1997, p. 59.

29 *Ibid.*, p. 171.

30 Nos referimos a Dionisio el Aeropagita, monje cristiano siríaco que vivió entre el siglo V y VI y de quien no conocemos su verdadero nombre. Cf. “Los nombres de Dios”, en *Obras Completas del Pseudo Dionisio el Aeropagita* (Introducción y notas de Teodoro H. Martín), Madrid. B.A.C., 1990, p. 277.

31 *Ibid.*, p. 169.

32 *El segundo anillo de poder*, 2ª ed. Madrid. Ediciones Gaia, 1997, p. 259.

hay tiempo por delante, de que hay otra vida, otra u otras posibilidades de llegar a ser lo que hay que ser. En la estructura hombre de conocimiento esto no es posible. No hay más vida ni tiempo que estos³³, los de aquí y ahora. Por lo tanto tiene que concebirse y presentarse como una propuesta operatoria. Y así lo es. Ser hombre de conocimiento es la condición o estado humano a lograr en la única vida que tenemos. Por lo mismo, como le repetirá hasta la saciedad don Juan a Carlos Castaneda, no es tanto cuestión de hablar como de actuar.

3.2. ALGUNAS IMPLICACIONES

Para entender aún más la naturaleza de esta propuesta, veamos sus implicaciones. Como se puede comenzar a entrever, son muchas. Para comenzar, Carlos Castaneda descompone la exigencia ser hombre de conocimiento en siete subunidades o conceptos componentes³⁴, que se pueden resumir en dos: aprendizaje y esfuerzo. O en formulación más explícita, ser hombre de conocimiento es un asunto de *aprendizaje*, y para llegar a serlo hay que ser y comportarse como guerreros, hay que ser un *guerrero*.

En primer lugar y para comenzar, llegar a ser hombre de conocimiento es asunto de *aprendizaje*. Ser hombre de conocimiento, llegar como ser humano a la condición humana más grande y

en cierta manera más difícil posible, no es algo que se reciba pasivamente, es algo que se aprende; es algo que se logra conociendo y aplicando el conocimiento. Que esto es lo que significa aprendizaje: la adquisición de un dominio, de una maestría, de un arte, de una capacidad, de una condición. En este caso, repetimos, la condición humana más sublime que se pueda soñar. Es algo que hay que comprender en qué consiste, saber que se puede producir o lograr, saber cómo hacerlo y hacerlo cuantas veces se quiera. Aquí está la diferencia para don Juan Matus entre los místicos religiosos y los que él llama los «nuevos videntes». En los primeros el *ver* es una experiencia fortuita, los segundos son capaces de *ver* el «molde del hombre» cuantas veces quieran³⁵.

Ahora se puede comprender mejor por qué podemos calificar la propuesta general de don Juan Matus y de Carlos Castaneda como una propuesta religiosa o de espiritualidad, laica, y que a la vez ellos lo nieguen, porque no se trata de religión o espiritualidad tal como las conocemos. La de Juan Matus y Carlos Castaneda es una propuesta operatoria, y la de la religión y espiritualidad, no. Estas sólo entrevén, intuyen, apuntan y prometen lo que sólo el conocimiento como propuesta asegura y garantiza.

En segundo lugar, para ser hombre de conocimiento hay que ser guerrero. Un hombre de conocimiento es un *guerrero*. Ser hombre de conocimiento es una meta alcanzable, pero hay que alcanzarla, y para ello se necesita tener la disposición, el valor, las actitudes y las cualidades de un guerrero. Hay que ser esforzado, de intención rígida, tener claridad de mente y un propósito bien claro. El guerrero se define por su comportamiento en la batalla. Según la expresión clásica de don Juan Matus, «—Un hombre va al conocimiento como va a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir de cualquier otra forma al conocimiento o a la guerra es un error, y quien lo cometa corre el riesgo de no sobrevivir para

33 «Deseo entrar en el otro mundo [declara la Gorda a Carlos Castaneda] estando aún viva, de acuerdo con las propuestas del Nagual. Para hacerlo necesito únicamente la fuerza de mi espíritu. Necesito mi plenitud. ¡Nada puede apartarme de ese mundo! ¡Nada!» (*El segundo anillo de poder*, p. 151).

34 El mero listado de las subunidades, con excepción de la última, expresa por sí solo de qué se trata: «1) llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de aprendizaje; 2) un hombre de conocimiento poseía intención rígida; 3) un hombre de conocimiento poseía claridad de mente; 4) llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de labor esforzada; 5) un hombre de conocimiento era un guerrero; 6) llegar a ser hombre de conocimiento era un proceso incesante, y 7) un hombre de conocimiento tenía un aliado» (*Las enseñanzas de don Juan*, p. 227).

35 *El fuego interno*, p. 289. Y cuando no se trata de místicos, el resultado es aún más mediocre: «La diferencia es que los videntes *ven* cómo el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones y los hombres religiosos no *ven* cómo Dios confiere la vida a través del amor» (*Ibid.*, p. 185).

lamentarlo»³⁶. Tan exigente es llegar a ser hombre de conocimiento. Hay que ser guerrero, no se puede llegar de otra manera.

Bien despierto, totalmente claro, plenamente consciente de lo que emprende y, para ello, sano, sobrio, fuerte. Pero con miedo. En verdad, puede ser que muera en ella y sea su última batalla. El guerrero sabe que en cualquier momento puede morir. Por ello tiene siempre la muerte presente, es su compañera, lo fortalece. Tiene que entrar a cada batalla, y vivir cada momento, como si fuese la última. Y con respeto. Valorando retos, obstáculos y fuerzas, almacenando energía, calculando las fuerzas. El hombre guerrero es todo lo contrario de un hombre temerario. Este en el fondo tiene miedo, es orgulloso, y, víctima del miedo y del orgullo, se lanza de forma tan exhibicionista como no calculada y perece, es derrotado. Es víctima de su "yo". El guerrero tiene miedo pero lo supera, supera su "yo" y, superado este, no tiene otro propósito que el de actuar «impecablemente», y así actúa, sin miedo, sin interés, ejecutando una obra de arte. Muerto a sí mismo, no le preocupa ya la muerte, la derrota. Para él todo es gane, incluso si muere, porque para él hasta la derrota se convierte en victoria. Como dice sugestivamente don Juan, el guerrero danza delante de la muerte. Y es que, en el fondo, el guerrero no muere³⁷.

Para ello el guerrero es disciplinado, es frugal, practica el desapego, vive con las cosas mínimas necesarias, ama y quiere apasionadamente³⁸ pero sin «preocuparse», no está apegado a nada ni a nadie, es totalmente libre y sólo ansía la libertad total. Acepta siempre la responsabilidad de sus actos, practica el «desatino

controlado»³⁹, gracias al cual puede vivir plenamente cada momento y cada realidad, porque para él todas las cosas son iguales, no hay cosas más importantes que otras; y llega a superar su importancia personal, uno de los mayores obstáculos, si no el mayor, al conocimiento. Puesto que, en palabras de don Juan, «Los guerreros se preparan para tener conciencia, y la conciencia total sólo les llega cuando ya no queda en ellos nada de importancia personal. Sólo cuando no son nada se convierten en todo»⁴⁰. Sentencia esta última que recuerda las del Maestro Eckhart: «Mientras yo sea esto o aquello, o tenga esto o aquello, no lo soy todo, ni lo tengo todo. Hazte puro hasta que no seas ni tengas esto o aquello; entonces serás omnipresente y, no siendo esto ni aquello, lo serás todo»⁴¹.

Por último, el guerrero tiene que tomar su decisión, así como los caminos que conducen a ser hombre de conocimiento, de una manera convencida y gozosa, siempre libre de miedo y de ambición. A esta actitud y valoración se refiere don Juan Matus cuando habla de «camino con corazón», cosa que hay que preguntarse siempre ante cualquier camino, y si lo vamos a seguir «con corazón», de manera gozosa, con toda confianza, sin reservas. Pues «Ningún camino lleva a ninguna parte, pero uno tiene corazón y el otro no. Uno hace gozoso el viaje; mientras lo sigas eres uno con él. El otro te hará maldecir tu vida. Uno te hace fuerte; el otro debilita»⁴².

4. EL CONOCIMIENTO EN EL "HOMBRE DE CONOCIMIENTO"

Hasta aquí hemos enfatizado el ser hombre de conocimiento como la condición humana

36 *Las enseñanzas de don Juan*, p. 72.

37 «Los brujos no mueren» (*El segundo anillo del poder*, p. 308; cf. *El conocimiento silencioso*, p. 145). «Y así bailarás ante tu muerte aquí, en la cima de ese cerro, al acabar el día (...). Y tu muerte se sentirá aquí a observarte» (*Viaje al Ixtlán*, p. 218).

38 «Esta es la predilección de los guerreros –dijo–. Esta tierra, este mundo. Para un guerrero no puede haber un amor más grande» (*Relatos de poder*, p. 381).

39 *Una realidad aparte*, p. 92ss. Es la «santa indiferencia» de la que hablaba San Francisco de Sales.

40 *El fuego interno*, p. 153.

41 Citado por Aldous Huxley en *La filosofía perenne*, 4ª ed. Buenos Aires. Editorial Suramericana, 1999, p. 147.

42 *Las enseñanzas de don Juan*, p. 133.

más sublime, sólo en la cual el ser humano se puede realizar y se realiza plenamente, porque es esa condición la que constituye su destino. Pero ¿en qué consiste ese conocimiento? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Por qué ese carácter de realización última, en el sentido de plena y total?

4.1. ALGUNAS PISTAS Y TEMAS

Una primera pista nos la da don Juan Matus con su instinto certero, sabiduría y maestría muy desarrolladas más bien, para el tipo o naturaleza de conocimiento que él quiere y que él enseña. En este tema quizás más que en otros el instinto de don Juan Matus es agudo, claro y certero.

Desde el primer momento él se declara como brujo *vidente*, esto es, como brujo que ve, y la brujería es para él el arte de ver. No le interesa la brujería como poder, en absoluto. «¡Ya no me gusta el poder! Ya no sirve de nada»⁴³. Desde luego, como para todo hombre de conocimiento, para él también el ver es el fin. El "ver" que se distingue del "mirar", porque es llegar a conocer la "esencia" desnuda de las cosas. Pero es también un medio. En el sentido de que los caminos para llegar a "ver" son muchos, expresamente él nombra el baile, la danza⁴⁴, pero incluso en cuanto camino su predilección es el "ver"⁴⁵, la contemplación diríamos nosotros, el *jnaña-yoga* del hinduismo.

En otras palabras, don Juan Matus lo tiene muy claro, aún sabiendo que un tipo de conocimiento en un estado de «conciencia acrecentada», como él la llama, da poder, no lo quiere, no es el conocimiento que él persigue, porque en realidad no es el verdadero conocimiento. Es un conocimiento anclado todavía en la importancia personal, reflejo del propio yo. El conocimiento que él cultiva y enseña es la conciencia o conocimiento total, punto para él

quicial⁴⁶, incompatible con cualquier reserva de importancia personal o deseo y uso de poder. Por ello insistirá tanto en este aspecto. Por ello advierte de quienes «llegan a ser magníficos brujos pero malísimos videntes»⁴⁷ y sobre «Lo que hacen los videntes con lo que ven es más importante que el ver en sí»⁴⁸.

Otro filón temático para entender de qué conocimiento se trata, es la contraposición que continuamente don Juan Matus hace entre el conocimiento de los antiguos videntes, que él convencionalmente llama «toltecas», y los nuevos. Los primeros descubrieron cómo lograr estados especiales de conciencia, y desde ellos penetrar en mundos desconocidos y traerlos al alcance de la percepción humana. Es decir, redujeron lo desconocido al nivel de lo conocido, y lo siguieron tratando como este, como conocido. No se les ocurrió pensar que casi todo lo que nos rodea está más allá de nuestra comprensión y, consecuentemente, no hicieron la distinción crucial entre lo que se puede conocer y lo que no se puede conocer, cometiendo así el «espeluznante error», que les costó más caro. Mientras que los nuevos videntes sí lo hicieron, comenzando así el nuevo ciclo. Para don Juan Matus «Esta es la distinción entre los antiguos y los nuevos. Todo lo que han hecho los nuevos videntes se origina allí»⁴⁹.

La importancia de este planteamiento, más allá de la autenticidad histórica de lo que plantea, reside en la conciencia que don Juan Matus tiene de la naturaleza del conocimiento que reivindica: más allá de todo conocimiento y de toda realidad ordinarios e incluso especiales; conocimiento y realidad no conocibles por la percepción humana, sólo conocibles en otro tipo de conocimiento, en un conocimiento directo, sin pensamientos ni palabras.

43 *Las enseñanzas de don Juan*, p.88.

44 Él nombra a un tal Sacateca, conocido de sus interlocutores. Pero podríamos citar la danza de los deriches danzantes en el Islam.

45 *Una realidad aparte*, p. 18.

46 Al comienzo de *Una realidad aparte*, Carlos Castaneda dice: «El interés particular de don Juan en el segundo ciclo de aprendizaje fue enseñarme a "ver"» (p. 14).

47 *El fuego interno*, p. 74.

48 *Ibid.*, p. 66.

49 *Ibid.*, p. 60.

Así las cosas, se comprende que las enseñanzas de don Juan se vean atravesadas de parte a parte por una preocupación epistemológica permanente y que tiene dos expresiones primeras: mostrar lo que el conocimiento del hombre de conocimiento no es, diferenciándolo de todo otro conocimiento, porque se trata de algo bien específico, y lo que el conocimiento sí es o al menos sugerirlo. A estas expresiones siguen otras, más epistemológicas aún. En un primer momento, la de asentar que el mundo sigue a la percepción que tenemos, es decir, que primero es el conocimiento, y según sea el nivel o naturaleza de nuestra percepción o conocimiento, así es la naturaleza o nivel de lo que llamamos realidad o mundo. En un segundo momento, y este tema aquí solamente lo vamos a enunciar, enfatizar que hay tres niveles de conocimiento («anillos de poder») y otros tres niveles de mundo o de realidad que él llama «atenciones». La primera sería la del conocimiento ordinario, la segunda se ubicaría ya a un nivel superior incluso a los estados especiales de conciencia, adquirible en el estado de conciencia acrecentada, y la tercera es el nivel o estado de la realización total. Con estos tres niveles se corresponden los que también se establecen entre lo conocido, lo desconocido y lo que no se puede conocer.

Contenidos y preocupación epistemológica son los que, sin duda, contribuyen a dar a las enseñanzas de don Juan el carácter de sistema cognitivo cohesionado y lógico que reflejan y que pronto le impresionó a Carlos Castaneda⁵⁰. La epistemología así planteada se hace contenido y herramienta para mostrar la naturaleza del conocimiento que se propone.

La pedagogía seguida, es igualmente reveladora del conocimiento que nos ocupa, puesto que está a la altura del reto que supone su adquisición. El proceso de aprendizaje sigue el curso de una verdadera iniciación. Es una transformación total la que hay que producir en el aprendiz, una auténtica conversión. El objetivo es llevar al aprendiz, en el caso particular a Carlos Castaneda, académico formado en los mejores criterios de racionalidad, a des-

cubrir el para él, nuevo conocimiento. Y a ello van dirigidas todas las prácticas y las enseñanzas, desde la iniciación en ciertas drogas como medio de tener otra percepción de la realidad y así poder comenzar a cuestionar esta, hasta aprender a “parar el mundo” y para ello “frenar el diálogo interno” y el “no-hacer”, más el arte del acecho, del intento y del ensueño, enseñanzas y prácticas muy conocidas, aunque bajo otros nombres, en las religiones, sobre todo orientales.

Pero cuando don Juan Matus y Carlos Castaneda hacen la propuesta ser «hombre de conocimiento», ¿de qué conocimiento están hablando?

4.2. EL CONOCIMIENTO EN SÍ

Se trata de un conocimiento no conceptual, intuitivo, directo, experiencial y, en este sentido, aprehensivo, pero no conceptual, sin imágenes ni representaciones, por lo tanto sin palabras, que don Juan Matus va a expresar de diferentes maneras.

La primera, ya lo hemos visto más arriba, mediante la metáfora del *ver*. De su importancia habla su presencia en todas las obras de Carlos Castaneda como, al parecer, lo estuvo continuamente en las enseñanzas de don Juan, sobre todo en el segundo ciclo, en el cual el interés de don Juan fue el enseñar a “ver”⁵¹. Como una preparación al “ver” está específicamente concebida la obra *Una realidad aparte*, con una primera parte dedicada a los «preliminares de “ver”» y otra segunda, a «la tarea de “ver”».

Desde luego, “ver” es diferente de “mirar”. No es brujería, y no es nada fácil, más bien es difícil. Lo que afirma don Juan es que cuando se *ve*, nada permanece como antes, todo cambia. Cuando se *ve* nada permanece igual, todo cambia, no prevalecen los significados de la vida. «Nada es ya familiar. ¡Todo lo que miras se vuelve nada!»⁵². Y sin embargo, nada desaparece, nada cambia, todo sigue ahí.

51 *Una realidad aparte*, p. 14.

52 *Ibid.*, p. 184.

50 *Las enseñanzas de don Juan*, p. 225.

Somos nosotros los que cambiamos, es nuestro ver el que cambia. Ahora vemos la naturaleza última de las cosas, su “esencia”. Es, por lo demás, un ver real y concreto, pero tan especial que es en la oscuridad cuando mejor se ve: «—Dijo que la oscuridad —y la llamó “oscuridad del día”— era la mejor hora para “ver”»⁵³. En otras palabras, aunque sea real y concreto, no obedece a los criterios de nuestro ver ordinario: «el ver de los brujos no es cuestión de los ojos»⁵⁴.

Por su misma naturaleza, no se puede explicar qué cosa sea ni cómo se llega a ver. Porque no es cosa de hablar. A quien le parezca absurdo, como a su discípulo Carlos Castaneda, don Juan responderá: «—Sí. Pero eso es ver. No hay en realidad ningún modo de hablar sobre eso. Ver, como te dije antes, se aprende *viendo*»⁵⁵. Porque el ver del que aquí se trata es literalmente indescriptible. Y por ello con razón dirá don Juan Matus: «no tiene caso hablar de cómo es ver. No es nada»⁵⁶. Y sin embargo es saber o conocer sin la menor duda⁵⁷.

Otra forma en don Juan Matus de expresar la especificidad de este conocimiento, es enfatizando que el mismo tiene lugar sin palabras, sin conceptos, sin pensamientos, lo verdaderamente opuesto a nuestro conocimiento ordinario. Por ello no es cuestión de hablar, pensar o razonar. Más bien, cuando hacemos eso nos confundimos. «Sabrás. Te confunde sólo cuando hablas»⁵⁸. «—Tu problema es que quieres entenderlo todo, y eso no es posible. Si insistes en entender, no estás tomando en cuenta

todo lo que te corresponde como ser humano. La piedra en la que tropiezas sigue intacta»⁵⁹. Y en realidad es que no hay nada que entender. Además, «El entendimiento es sólo un asunto pequeño, pequeñísimo— dijo»⁶⁰. Y en el caso de ver, pensar no es lo fuerte. El misterio «no se puede resolver con raciocinios. Este misterio sólo se puede presenciar»⁶¹.

Don Juan Matus es muy consciente de ello e insistirá: la dificultad, la gran dificultad, está en nuestra resistencia a aceptar la idea de que el conocimiento puede existir sin palabras para explicarlo, que, en este orden, conocimiento y lenguaje son cosas separadas. «La conciencia acrecentada es un misterio sólo para nuestra razón. En la práctica, es de lo más sencillo que hay. Como siempre somos nosotros quienes complican todo al tratar de transformar la inmensidad que nos rodea en algo razonable»⁶². Y no es que pensar, y pensar con claridad no sea en su orden importante y necesario. A este respecto la aclaración que don Juan Matus le hace a Carlos Castaneda se convierte en sentencia, y sentencia provocadora, al estilo de los grandes maestros espirituales: «—Por supuesto que insisto en que todos cuantos me rodean piensen con claridad —dijo—. Pero también explico, a quien quiera escuchar, que el único modo de pensar con claridad es no pensar en absoluto»⁶³. Es el «conocimiento silencioso»⁶⁴ del que también hablan otras tradiciones y maestros. Silencioso porque para acceder a él antes hay que silenciar, hasta la desaparición, todo pensamiento, imagen o

53 *Ibid.*, p. 31. La oscuridad como la mejor hora para ver, trae a la mente del lector la «soledad sonora» de San Juan de la Cruz.

54 *El fuego interno*, p. 79.

55 *Una realidad aparte*, pp. 196-197.

56 *Ibid.*, p. 165.

57 *El fuego interno*, p. 27.

58 *Una realidad aparte*, p. 195; *El conocimiento silencioso*, p. 57, 64 y 65.

59 *Una realidad aparte*, pp. 296-297. «—No. Tu falla es buscar explicaciones convenientes, explicaciones que se ajustan a ti y a tu mundo. Lo que no me gusta es que seas tan razonable. Un brujo también explica las cosas en su mundo, pero no es tan terco como tú» (*Relatos de poder*, p. 15).

60 *Una realidad aparte*, p. 299.

61 *El fuego interno*, p. 97.

62 *El conocimiento silencioso*, p. 57.

63 *Ibid.*, p. 157.

64 *Ibid.*, p. 21, 180.

representación, tema al que Carlos Castaneda dedica una de sus obras con un título en inglés muy sugerente «Power of silence» y editada en español con el título «El conocimiento silencioso».

En fin, otra forma a la que recurren don Juan Matus y sus discípulos para expresar la naturaleza *sui generis* del conocimiento silencioso es mediante el concepto o categoría de «intento» y «atención». El intento es el espíritu, la fuerza invisible que modela y crea la realidad, es el espíritu, lo abstracto; la atención es el nivel de conciencia. Él habla de tres atenciones⁶⁵. La primera atención corresponde al mundo pequeñísimo de lo conocido, es todo lo que somos como seres humanos comunes y corrientes. La segunda atención va más allá de la conciencia ordinaria, generalmente fruto de mucha disciplina y concentración, que puede ampliarse enormemente pero permaneciendo siempre como una experiencia subjetiva de conciencia y de poder. Y está la tercera atención, la que se confunde, se hace uno con lo que no se puede conocer, con lo que es radicalmente indescriptible e inenarrable. En expresión metafórica de don Juan esta «se alcanza cuando el resplandor de la conciencia se convierte en el fuego interior»⁶⁶.

Carlos Castaneda refiere haber preguntado a don Juan si había experimentado la tercera atención. Su respuesta fue que se hallaba en la periferia de ella y que si llegaba a entrar completamente Castaneda lo sabría al instante «porque todo él se convertiría en lo que en verdad era: un estallido de energía»⁶⁷, agregando que el campo de batalla de los guerreros es la segunda atención. Una batalla sin embargo cuya máxima hazaña es el gozo⁶⁸.

Este es el conocimiento del hombre de conocimiento, que el mismo don Juan resumía así:

65 *El don del Águila*, p. 31, 310ss; *El fuego interno*, pp. 91-93.

66 *El fuego interno*, p. 93; 138.

67 *El don del Águila*, p. 31.

68 «Para él [don Juan] la máxima hazaña de un guerrero era el gozo» (*El don del Águila*, p. 91).

Para un brujo, el espíritu es lo abstracto, porque para conocerlo no necesita de palabras, ni siquiera de pensamientos; es lo abstracto, porque un brujo no puede concebir qué es el espíritu. Sin embargo, sin tener la más mínima oportunidad o deseo de entenderlo, el brujo lo maneja; lo reconoce, lo llama, lo incita, se familiariza con él, y lo expresa en sus actos⁶⁹. [Recordemos que espíritu, abstracto, es lo que don Juan llama también intento]⁷⁰.

5. VALORACIÓN FINAL

Lo que venimos de ver es una propuesta laica del conocimiento contemplativo. Mientras no se muestre lo contrario, una propuesta de genuino conocimiento contemplativo. Así lo permiten pensar las grandes y frecuentes convergencias constatables entre las enseñanzas de don Juan y las enseñanzas de los grandes testigos y maestros de todas las tradiciones de sabiduría. Como laica la propuesta de don Juan Matus y Carlos Castaneda cuestiona la fe, y como conocimiento contemplativo cuestiona la razón.

Cuestiona la fe, porque esta supone sumisión, entrega, negación, en definitiva, una vía de conocimiento donde predomina el creer sobre el ver, la aceptación de verdades sobre la experiencia. Por ello en la fe hay adoctrinamiento, catequesis, pero no-aprendizaje. La fe y sus verdades no son operativas. No es la realización y verificación de sus contenidos lo que ellas persiguen, sino la aceptación de los mismos, el reconocimiento de la autoridad de quien revela tales verdades, la obediencia a sus mandatos. Mientras que la naturaleza de la propuesta de don Juan Matus y Carlos Castaneda es operativa. Y por ello y para ello es «científica», es «racional», oponiéndose al dogma y a la sumisión y apelando a la comprensión y a la verificación⁷¹. Como laica la propuesta de don

69 *El conocimiento silencioso*, p. 65.

70 *Ibid.*, p. 38.

71 «Lo maravilloso de la brujería es que cada brujo tiene que verificar todo por experiencia propia. Te

Juan Matus y Carlos Castaneda supone, como este dice, que el conocimiento silencioso puede estar, por el momento, más allá de sus aptitudes pero no de sus posibilidades⁷². En otras palabras, es un producto humano y sólo humano. Mientras que en una propuesta de fe, la posibilidad misma, así como la iniciativa que la activa, siempre será obra de Dios.

Cuestiona también de la fe sus pretendidos resultados. Para la fe el objeto último de conocimiento es Dios, y así estará convencida de que cuando ha llegado a lo último donde puede llegar, lo que ahí ha encontrado es Dios, no habiendo nada más allá de él. Como hemos podido ver en diferentes momentos, si así se entiende Dios, y así es como en general se entiende, más allá de él está el *molde*, el *nagual*, el *intento*, está lo que no se puede conocer y, por lo mismo, no se puede nombrar ni describir.

Como se ve, la propuesta es laica no por un a priori antirreligioso, sino más bien por una convicción fundamentada y verificada. Según esta propuesta, por la fe se irá a Dios, que por muy alto que esté siempre es concebible y nombrable, pero no se llega a lo inconcebible e innombrable, a lo que ni siquiera es Dios, a lo que es más que Dios, lo que simplemente es. Vistas así las cosas, se podría decir que, por paradójico que parezca, es la propuesta laica que, permaneciendo laica, muestra y desmascara la concepción idolátrica que de Dios tienen, aún más allá de su intención, las propuestas religiosas⁷³.

Pero la propuesta de Carlos Castaneda es también una propuesta de conocimiento contemplativo, en el sentido de un conocimiento no intelectualizado, y por lo tanto cuestiona la

razón, la comprensión, como vía para llegar al mismo. El conocimiento discursivo, el que trabaja con representaciones y mediaciones, puede rendir útiles servicios antes y después del acontecimiento del conocer contemplativo o silencioso, como justificación y explicación necesarias en el orden de lo que es nuestro conocimiento ordinario, pero no en el conocimiento contemplativo mismo y en el orden que él crea y del que es testigo. Aquí el pensar sirve de poco, más bien constituye el gran obstáculo: mientras este pensar no sea silenciado, no hay conocimiento contemplativo; mientras haya algo de conciencia, no hay conciencia total; mientras haya reflejos de nuestro yo y de la manera que tenemos de conocer lo que consideramos realidad, no hay descubrimiento de la nueva realidad.

Aquí lo único que cuenta es *ver viendo* y *conocer conociendo*, que en el fondo es *ver no-viendo* y *saber no-sabiendo*, como repiten los místicos cristianos desde el Pseudo-Dionisio. Porque en el fondo no hay nada que ver ni que conocer. No hay nada como objeto, como lo que constituye nuestra realidad, y el *ver* y el *conocer* no tiene nada en común con nuestro ver con los ojos ni con nuestro conocer intelectual. Es única y simplemente ver la realidad, esta realidad, la única que hay, como es, no como aparece. Es un ver y un conocer con todo nuestro ser, incluido con todo nuestro cuerpo. Es un conocer donde el que conoce, lo conocido y el acto de conocer son la misma cosa.

La filosofía estaba acostumbrada a validar todo otro tipo de conocimiento. Todavía hay quienes no pueden concebir que pueda existir un conocimiento, una experiencia, no mediacional, no representacional. Sin embargo la existencia de este conocimiento es lo que testifican y enseñan los grandes maestros de todo los tiempos y en todas las tradiciones religiosas y de sabiduría. Puede haber argumentos en contra, pero estos tendrán que estar a la altura de la contundencia de este hecho.

Por otra parte, la filosofía ha tenido que hacer abandono de lo que era una pretensión imperialista de querer validar todo conocimiento. Cada conocimiento se valida por sí mismo. El único capaz de validar el conocimiento contemplativo es la experiencia contemplativa,

hablo acerca de los principios de la brujería, no con la esperanza de que los memorices sino con la esperanza de que los practiques» (*El arte de enseñar*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1998, p. 22).

72 *El conocimiento silencioso*, p. 57.

73 La concepción idolátrica de Dios en las propuestas religiosas espirituales es denunciada recurrentemente por Aldous Huxley en su obra *La filosofía perenne*. Véase especialmente de esta obra el Cap. 21. «La idolatría», pp. 331-335.

abierta a otras experiencias de la misma naturaleza y contrastada con ellas. Es a este criterio al que, con razón, apelan los que la hacen:

Y sobre todo, comprendí que ese conocimiento no se puede traducir en palabras. Ese conocimiento está ahí a disposición de todos. Está ahí para ser sentido, para ser usado, pero no para ser explicado. Uno puede entrar a él cambiando niveles de conciencia, por lo cual, la conciencia acrecentada es una puerta de entrada. Pero ni aún siquiera la puerta de entrada puede ser explicada. Sólo puede utilizársela⁷⁴.

OBRAS DE CARLOS CASTANEDA

Las enseñanzas de don Juan. Una forma yaqui de conocimiento, 1974. (orig. ingl., 1968. *The Teachings of Don Juan A Jaqui Way of Knowledge*. The Regents of the University of California). 25ª reimpr. Madrid. Fondo de Cultura Económica. 1997.

Una realidad aparte, Nuevas conversaciones con don Juan. 1974. (orig. ingl., 1971. *A Separate Reality Further Conversations with don Juan*). [15ª reimpr.] Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1996.

Viaje a Ixtlán. Las lecciones de don Juan. 1975. (orig. ingl., 1972. *Journey to Ixtlan. The*

lessons of Don Juan, 1972). 17ª reimpr. Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1998.

Relatos de poder. Las lecciones de don Juan. 1976. (orig. ingl., 1974. *Tales of power*). 14ª reimpr. Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1998.

El segundo anillo de poder. (orig. ingl., *The second ring of power*, Simon & Schuster, New York). 2ª ed. Madrid. Gaia Ediciones. 1997.

El don del águila, (orig. ingl., 1981. *The Eagles's Gift*, Simon & Schuster, New York). 3ª ed. Madrid. Gaia Ediciones, 1998.

El fuego interno, (orig. ingl., 1984. *The Fire from Within*, Simon & Schuster, New York). 2ª Ed. Madrid. Gaia Ediciones, 1997.

El conocimiento silencioso, (orig. ingl., 1987. *The power of silence: further lessons of don Juan*, Simon & Schuster, New York). 4ª ed. Madrid. Gaia Ediciones, 1998.

El arte de ensoñar, (orig. ingl., 1993. *The Arte of Dreaming*, Harper Collins Publishers, Inc.). Buenos Aires, Emecé, 1998.

J. Amando Robles Robles
arobles@una.ac.cr

74 *El conocimiento silencioso*, p. 115.